

Entrevistas a Rodolfo Stavenhagen, José Luis Reyna y Claudio Stern

Nelson Minello

RODOLFO STAVENHAGEN

E.S. Para comenzar esta entrevista quiero pedirte que nos platiques acerca del trabajo en el Centro de Estudios Económicos y Demográficos (CEED), donde se gestó el CES. Si yo no recuerdo mal, don Víctor Urquidi, desde mediados de los sesenta, en la Dirección de Investigaciones del CEED y luego como presidente de El Colegio, impulsó la realización de una investigación sobre los problemas económicos y demográficos de México. Dentro de este programa de trabajo existía una sección de sociología, que tú coordinabas. Tú venías con la experiencia de haber sido, durante dos años, secretario general del Centro Latinoamericano de Investigaciones Sociales —fundado por la UNESCO y con sede en Río de Janeiro— donde además dirigías la revista *América Latina*; a tu regreso de Brasil participaste en México en una investigación sobre la estructura agraria del país y luego ingresaste a El Colegio.

¿Puedes hablarnos de las características del trabajo de investigación del CEED que te llevaron a participar en el mismo? ¿En qué proyecto comenzaste a trabajar?, ¿había ya algún otro de los investigadores que después participaron en la fundación del CES?

R.S. Cuando regresé del Brasil a principios de 1965, Víctor Urquidi me invitó a participar en el programa de investigación sobre problemas económicos y demográficos de México, que él dirigía en ese entonces en El Colegio de México. La idea general era acercarnos a lo que se podía llamar “aspectos sociales del crecimiento demográfico en México”. Éramos un grupo pequeño; conmigo trabajaban Ricardo Cinta, José Luis Reyna y Claudio Stern, quienes habían sido mis alumnos años antes en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Comenzamos a trabajar en varios proyectos. Claudio, por ejemplo, estudió el desarrollo regional en

México, que luego fue su tesis de sociología y fue publicada por El Colegio de México. José Luis comenzó entonces sus investigaciones sobre la clase obrera, tema que desarrollaría con éxito durante varios años. Y Ricardo se inició en los estudios sobre los empresarios. En lo que a mí me toca, me interesaban los cambios en la sociedad rural y el papel de las pequeñas y medianas ciudades en el desarrollo regional del país. Trabajamos junto con otros economistas y demógrafos tales como Eliseo Mendoza, Carlos Tello, Susana Lerner y Gustavo Cabrera. A mí también me tocó dar algunas clases en la carrera de relaciones internacionales, sobre aspectos sociales del desarrollo.

A los pocos meses, sin embargo, me separé temporalmente de El Colegio de México, al asumir la codirección (con Sergio Reyes Osorio) de un amplio estudio sobre la estructura agraria y el desarrollo agrícola de México, auspiciado por el Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola (CIDA). Eso fue en 1966. Terminado ese estudio, en 1969, me trasladé a Ginebra en donde trabajé durante tres años en el Instituto Internacional de Estudios Laborales de la Organización Internacional del Trabajo. Durante mi ausencia, el equipo que se había formado en el CEED siguió trabajando, y se incorporaron algunas otras personas, entre ellas, Orlandina de Oliveira y Manuel Villa.

E.S. La segunda pregunta que quiero hacerte es acerca de las razones por las cuales se fundó, en 1973, el Centro de Estudios Sociológicos. Este tiene ya 20 años de investigación en ciencias sociales con un enfoque multidisciplinario y siete promociones del programa de doctorado. ¿Cómo surgió la idea de fundar un centro con un programa de investigación amplio y otro de docencia de posgrado, ambos estrechamente imbricados? ¿Ésta era la idea original o solamente se pensó, en un principio, en institucionalizar, en dar mayoría de edad, al programa de investigaciones existente ya en el Centro de Estudios Económicos y Demográficos de El Colegio?

Repito entonces la pregunta: si ya había un espacio de ciencias sociales —y en especial de sociología—, ¿cuáles fueron las razones que llevaron a la fundación del Centro de Estudios Sociológicos? Háblanos de esto.

R.S. Volví a El Colegio de México a fines de 1971, y me reintegré a lo que ahora ya se consideraba como la “sección de sociología” del CEED. Desde hacía varios meses se había planteado, en conversaciones con Víctor Urquidi, para entonces ya presidente del COLMEX, la conveniencia de crear un Centro de Estudios Sociológicos, para dar mayor presencia e institucionalidad a la sociología en El Colegio, y para permitir la

ampliación de las actividades de investigación y docencia en este campo, con agenda y personalidad propias. Vale la pena recordar que años antes José Medina Echavarría había animado un Centro de Estudios Sociales en El Colegio, y la creación del CES significaba continuar con una actividad que no era ajena a la institución. Realmente Urquidí fue activo promotor de esta idea, y los cuerpos directivos del COLMEX, así como el secretario de Educación Pública de la época (Víctor Bravo Ahuja) apoyaron decididamente la idea. Me pasé varios meses en intensas conversaciones con los colegas, y elaboramos varios documentos para discusión. Los directores de los diversos centros ya existentes también apoyaron la propuesta. Así fue como en 1973 inició sus labores el Centro de Estudios Sociológicos.

Desde el principio pensamos avanzar en dos actividades paralelas e interrelacionadas: la docencia y la investigación. El programa de posgrado fue concebido siempre como un instrumento para la formación de investigadores “de alto nivel”, con la idea de que los estudiantes pudieran estar asociados de alguna manera a los proyectos de investigación de los profesores e investigadores. El equipo original se amplió pronto con la incorporación de Lourdes Arizpe, Viviane Brachet, Silvia Gómez Tagle, Jorge Padua, Hugo Zemelman, Francisco Zapata, Nelson Minello, Vania Salles y, temporalmente, Marielle Pepin Lehalleur, Leopoldo Allub y Catherine Bailé.

Pasamos muchos meses discutiendo la conveniencia de elaborar un plan integrado de investigación, definiendo las prioridades, delimitando áreas, coordinando esfuerzos. Sin embargo, creo que a final de cuentas esto no funcionó. Los diversos investigadores desarrollaron sus propios proyectos, y salvo algunas investigaciones colectivas (como el estudio sobre la región de Las Truchas, el impacto de los Caminos de Mano de Obra, el sindicalismo y la clase obrera), por lo general, durante aquellos años, las investigaciones realizadas respondieron más a las inclinaciones personales de los investigadores que a un plan elaborado colectivamente.

Si bien se trata del Centro de Estudios Sociológicos, desde el principio pensé en un enfoque multidisciplinario de las ciencias sociales. Por ello también se incorporaron al CES profesionales de formación antropológica, psicológica y de ciencia política. Ello ha enriquecido los enfoques y los aportes durante estos 20 años.

E.S. La tercera pregunta gira alrededor del programa de doctorado. Si yo no me equivoco, la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales tenía programas de maestría y doctorado en sociología, la Escuela Nacional de Antropología e Historia ofrecía una maestría en antropología social, el

Instituto de Investigaciones Antropológicas y la Facultad de Filosofía y Letras, ambos de la UNAM, otorgaban un doctorado en antropología. Había pues posibilidades de posgrados en México. ¿Qué hacía, entonces, necesario a tus ojos y los de los colegas el establecer un nuevo programa de doctorado? Según entiendo, en estos años, de 1971 a 1973 el núcleo fundacional del CES realizó varias reuniones para discutir este punto. ¿Había más de una posición? y si es así, ¿puedes hablarnos de ellas? Por último, ¿por qué se llama doctorado en ciencias sociales con especialidad en sociología? Platícanos de estos puntos.

R.S. A principios de los setenta prácticamente no existía posgrado de ciencias sociales en México, y menos aún orientado hacia la investigación. El doctorado en antropología de la UNAM estaba suspendido, la maestría en antropología de la ENAH todavía no tenía nivel de posgrado (que sí lo alcanzó posteriormente), y en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales el posgrado era considerado como una extensión de la licenciatura, con poca orientación hacia la investigación en sociología (la que se hacía en el Instituto de Investigaciones Sociales mas no en la Facultad). Nuestro interés era formar gente en la investigación en ciencias sociales (con enfoque interdisciplinario), trabajando con grupos pequeños de gente motivada realmente por la investigación, en vez de atiborrar a los estudiantes con más y más conocimientos libresco. Este vínculo de un programa de posgrado con la investigación no se estaba dando en las otras instituciones que ofrecían posgrados; pero era un enfoque ya bastante establecido en diversas universidades del extranjero. De allí que también pensamos desde el principio ofrecer directamente un doctorado, y no los dos niveles de maestría y doctorado.

Pronto nos dimos cuenta, sin embargo, que la tarea era más complicada de lo que habíamos pensado. El nivel de preparación previa de los aspirantes era bastante desigual, por lo que resultó necesario fortalecer durante un primer periodo de enseñanza básica en teoría y metodología, y postergar la investigación individual del doctorado hasta más tarde. En general, creo que los resultados han sido muy satisfactorios.

Dado nuestro interés por un enfoque multidisciplinario y las evidentes relaciones que nuestro programa tenía con otros programas del COLMEX, siempre procuré que hubiera la posibilidad de compartir e intercambiar profesores, estudiantes y materias entre el CES y los demás centros de El Colegio. Cuando a principios de los ochenta ocupé durante dos años la Coordinación Académica de El Colegio, traté de promover también una mayor integración de los distintos programas docentes. Ello explica en parte que el grado que damos es un “doctorado en ciencias sociales” (que sería el común para todo El Colegio) con la especialidad

que ofrece nuestro Centro, es decir, sociología. Estos esfuerzos, sin embargo, no tuvieron mayor éxito, ya que no todos los centros de la institución llevan a cabo el mismo nivel de la docencia (unos sólo tienen programas de doctorado, otros de maestría, otro de licenciatura), y las generaciones de estudiantes ingresan en periodos diferentes. Por todo ello, la efectiva coordinación y sincronización de los programas resultó poco práctica y no se continuó con el intento.

E.S. Me gustaría ahora que habláramos acerca de quienes configuraron la planta inicial de investigadores del Centro en 1973. Si no me equivoco, el primero en entrar a El Colegio fue Claudio Stern, que recién egresado de la FCPys colaboraba en 1965 investigando sobre los niveles de desarrollo socioeconómico de las regiones de México; luego ingresan Ricardo Cinta en 1966, quien investiga sobre las características de la urbanización en México, mientras José Luis Reyna y Manuel Villa, ambos en 1967 trabajan —junto con Kirsten Albrechtsen, que permanece en el CEE— sobre la estratificación social en las pequeñas y medianas ciudades de México; dos años más tarde, en 1969, Orlandina de Oliveira, que acababa de terminar una maestría en sociología en Flacso, comienza a participar en la investigación sobre migración, junto con Claudio Stern. Vania Salles y Cecilia Galli, Lourdes Arizpe, Silvia Gómez Tagle y Roberto Salazar (los tres últimos antropólogos sociales) ingresan también en 1972.

R.S. Pensar que han pasado ya casi 30 años desde que se reunió en 1965 el primer núcleo de investigadores que después formaría el CES, hace reflexionar sobre muchas cosas, pero no se trata ahora de filosofar. Muchos de nosotros hemos dedicado buena parte de nuestra vida profesional (y personal) a esa institución y nos identificamos plenamente con ella y en ella. Será tal vez “la pasión del nido” de la que hablara en otra ocasión Luis González. Lo que resulta claro es que en este cuarto de siglo y más han ocurrido considerables cambios. En primer lugar, ha cambiado el país y por lo tanto los problemas y las “realidades” que estudia la sociología. En segundo lugar, ha cambiado la sociología misma, tanto en sus aspectos institucionales y profesionales en México, así como en sus orientaciones teóricas, metodológicas y sustantivas. En tercer lugar, ha cambiado la institución: El Colegio de México no sólo ha crecido sino que se ha transformado como institución académica y científica. Finalmente, pero no menos importante, hemos cambiado en lo personal todos nosotros quienes formamos aquel núcleo de jóvenes entusiastas dispuesto a “construir instituciones”. Creo que el entusiasmo y el espíritu de solidaridad sigue firme, así como el compromiso académi-

co y social, pero lo de la "juventud" ... en fin... todos hemos "madurado" (para no decir "envejecido"). Si bien algunos de los que estuvieron al inicio ya no están en el CES, la planta de profesionales ha crecido y se ha renovado y se puede hablar muy positivamente de un relevo de generaciones. Te diré que no me siento particularmente identificado con una supuesta "vieja generación" de "fundadores", sino mucho más con los desafíos y las tareas que las nuevas épocas nos traen. Y también creo que ante los retos de los cambios sociales, políticos y económicos que nos rodean, es preciso repensar el papel de la sociología y de un programa como el nuestro.

E.S. Tú te has mantenido vinculado todo este tiempo como profesor-investigador del Centro. Al mismo tiempo, por haber ocupado otros cargos o gozado de tus años sabáticos, has podido establecer ese alejamiento que permite al investigador ver con mayor precisión su objeto. ¿Cuál es tu balance sobre estos 20 años del CES?

R.S. Efectivamente, durante varios periodos me separé temporalmente del CES para ocupar algún cargo en un organismo internacional o en el gobierno, o para enseñar a investigar en universidades del extranjero. Creo que esa experiencia ha sido provechosa, tanto en lo personal como para el CES. Y estoy convencido que debería ser norma entre todos los profesores-investigadores alternar algunos años en la institución con alguna experiencia profesional fuera. Esto enriquece el "capital humano" que tenemos y evita el ensimismamiento y el provincialismo, tan característicos de muchas instituciones académicas. Y cada vez que he vuelto al CES después de algún tiempo fuera, me impresiona su vitalidad, su productividad y su dinamismo. No es por chauvinismo que digo que el CES se compara muy favorablemente (en términos de su personal académico, sus estudiantes, sus programas docentes y de investigación, sus publicaciones, etc.), con otros centros o departamentos similares. El impacto del CES en las ciencias sociales en México debe medirse no solamente por lo que hacen sus investigadores, sino también por el efecto multiplicador de sus egresados. Y creo que a los 20 años, nos podemos sentir satisfechos de los resultados; y al mismo tiempo insatisfechos, por no haber logrado hacer más y mejor.

E.S. Ahora quiero hacerte una pregunta que también deseo formular a quienes te han sucedido en ese cargo cuando tú te retiraste. Y se refiere al porvenir de las ciencias sociales. Es ya un lugar común decir que el mundo ha cambiado, pero al mismo tiempo, como lugar común, refleja una realidad. Un sistema político se ha derrumbado, mientras otro pare-

ce reinar triunfante y algún escritor imagina —creo que un tanto apresuradamente— el fin de la historia (que podría leerse como el fin de las ciencias sociales).

Los cambios políticos y las utopías han influido en la pérdida relativa de prestigio de una visión teórica que durante mucho tiempo tuvo innumerables adeptos en América Latina (y en otras partes, por supuesto); la metodología y las técnicas utilizadas hoy en día no son las de un par de décadas atrás; y las dificultades prácticas para hacer investigación empírica no son pocas.

Al mismo tiempo, han surgido (o quizás sería más preciso decir que resurgieron) nuevos fenómenos sociales. Pienso en el nacionalismo, las luchas étnicas, la violencia social, la pobreza extrema, pero también en los problemas ecológicos, los urbanos, los de las minorías (ya sean negros, mujeres, homosexuales, jóvenes, viejos), de la transición económica pero también de la democratización. La lista podría ser, en la práctica, muy larga; detengámonos aquí.

¿Cuál es tu opinión?, ¿cuál será el futuro de las ciencias sociales?, ¿cuál será la importancia que ellas pueden tener para el conocimiento de nuestra cambiante realidad?, ¿qué temas se mantienen?, ¿cuáles habría que incorporar?

R.S. Creo que en parte he respondido a esta pregunta anteriormente. El estribillo del “fin de la historia” es una vacilada y carece de seriedad. Si bien la guerra fría y la división del mundo en dos campos político-ideológicos ha terminado, los problemas y los conflictos sociales (temas de primordial interés para el científico social) se multiplican. Las divisiones entre “Norte” y “Sur” se agudizan. La globalización económica tiene como contrapartida la fragmentación política, las multitudinarias migraciones internacionales y el deterioro ambiental. La democratización tiene como contrapartida la agudización de conflictos sociales y culturales, el desgaste de los sistemas políticos tradicionales y la irrupción de nuevos movimientos sociales. Todo ello representa un reto para las ciencias sociales. Es preciso revisar paradigmas y enfoques teóricos, así como métodos y técnicas de investigación, sin descuidar el discurso mismo de la ciencia social (imbuido aún de fuerte sentido positivista, decimonónico). Pero esto no quiere decir que se deba caer en un vacío posmodernismo, irrelevante para las tareas que tenemos enfrente. Aunque la izquierda intelectual se rasgue ahora las vestiduras, considero que los enfoques teóricos marxistas, que se utilizaron tal vez con exceso de sectarismo ideológico y de dogmatismo en la América Latina de los sesenta y setenta, mantienen toda su vitalidad y fuerza analítica para la comprensión y la interpretación de los fenómenos económicos y sociales que se presen-

tan en México y en América Latina, así como en otras partes. No digo con esto que se excluyan otros y alternativos enfoques analíticos (más bien por el contrario), sino que es prematuro augurar la desaparición de uno de los pilares teóricos fundamentales de la ciencia social contemporánea.

En la etapa actual, hay una marcada tendencia al economicismo y psicologismo en las ciencias sociales: los fenómenos más complejos son reducidos a meros cálculos de costos y beneficios, el individualismo metodológico se impone; el individuo, motivado por fuerzas internas (o aún más, por el dictado de sus genes), es el actor fundamental de la vida social. Por otra parte, un cierto posmodernismo quiere reducir todo a meros juegos de palabras, a la "lectura de textos", a la combinación y la recombinación de signos y significados subjetivos. Se olvida con frecuencia que precisamente la sociología ha descubierto la importancia de los grupos y las colectividades, las instituciones, las estructuras, la dinámica de las relaciones grupales, las fuerzas históricas. Este patrimonio de las ciencias sociales es fundamental para comprender la realidad que nos rodea. Y comprender es, a su vez, esencial para actuar.

Estudios Sociológicos formuló la misma pregunta a los profesores José Luis Reyna y Claudio Stern. Veamos entonces el texto de la misma y las dos respuestas.

E.S. Es ya un lugar común decir que el mundo ha cambiado. Pero al mismo tiempo, como lugar común, refleja una realidad. Un sistema político se ha derrumbado, mientras otro parece reinar triunfante y algún escritor imagina —creo que un tanto apresuradamente— el fin de la historia (que podría leerse como el fin de las ciencias sociales).

Los cambios políticos y las utopías han influido en la pérdida relativa de prestigio de una visión teórica que durante mucho tiempo tuvo innumerables adeptos en América Latina (y en otras partes, por supuesto); la metodología y las técnicas utilizadas hoy en día no son las de un par de décadas atrás; y las dificultades prácticas para hacer investigación empírica no son pocas.

Al mismo tiempo, han surgido (o quizás sería más preciso decir que resurgieron) nuevos fenómenos sociales. Pienso en el nacionalismo, las luchas étnicas, la violencia social, la pobreza extrema, pero también en los problemas ecológicos, los urbanos, los de las minorías (ya sean negros, mujeres, homosexuales, jóvenes, viejos), de la transición económica pero también de la democratización. La lista podría ser, en la práctica, muy larga; detengámonos aquí.

¿Cuál es tu opinión?, ¿cuál será el futuro de las ciencias sociales?,

¿cuál la importancia que ellas pueden tener para el conocimiento de nuestra cambiante realidad?, ¿qué temas se mantienen?, ¿cuáles habría que incorporar)?

JOSÉ LUIS REYNA

En relación con la pregunta que me hace el director de la revista *Estudios Sociológicos*, me permito expresar mis opiniones, de manera muy libre, tal vez poco rigurosa, de la forma siguiente:

En primer lugar, los temas de las ciencias sociales (y, agregaría, de cualquier ciencia) son cambiantes. Tal vez la respuesta más simple radique en que la realidad, por definición, es un cambio incesante. Hay temas que son cíclicos —van y vienen— otros que desaparecen y otros más que surgen sin saber si permanecerán o no.

Sin embargo, no considero como un problema “de fondo” que haya nuevos o viejos temas, que haya temas emergentes y otros que se extingan como lo hacen las modas. Tampoco decir qué tema o cuál no será de interés en el futuro. En mi opinión, el punto importante es evaluar el instrumental teórico-metodológico del que se dispone para enfrentar los retos que implican los temas, sin pararnos a “reflexionar” si son nuevos o viejos y si son muchos o pocos.

Temáticas siempre habrá; en cambio, los “modelos” o las teorías no estarán disponibles necesariamente. Y aquí está un papel importante que la *ciencia* —cualquier ciencia— tiene que jugar con el fin de explicar y, a la vez, de generar conocimiento: la construcción de teoría y la prueba empírica que corresponda.

Creo, además, que no hay visiones teóricas prestigiadas o sin prestigio como lo implica la pregunta de *Estudios Sociológicos*. Creo, más bien, que hay teorías útiles o inútiles. ¿Para qué? Insistiría: para explicar.

Si se piensa, por ejemplo, en el marxismo, como teoría puede tener vigencia: es una estructura que contiene una explicación, entre otras, del capitalismo. Que de esa teoría se haya desprendido un modelo político que se extinguió, no supone que como teoría se haya terminado. Sigue siendo válida como teoría alternativa aunque insostenible para basar el modelo político que la misma sociedad diluyó.

Por lo anterior, me inclino a pensar más cuál es el presente de las ciencias sociales y dejaría a un lado la especulación del futuro de las mismas, que a poco conduce. Para mí, el presente de las ciencias sociales es superar una crisis teórica que le ha impedido enfrentar temáticas nuevas con un instrumental adecuado para lograr explicaciones.

El presente de las ciencias sociales indica que, por fortuna, si se me permite calificar, la dependencia de los grandiosos paradigmas teóricos

es una cosa del pasado. Indica también que es necesario construir más bien “micro” teorías que sean capaces de generar las hipótesis que expliquen un fenómeno determinado. Creo que en tanto se avance en esta dirección, se estará yendo en el camino correcto para lograr el conocimiento de “nuestra cambiante realidad” y superar con ello la crisis antes mencionada.

Veo ventajas en esta estrategia: una, que pluraliza la visión de la realidad y, otra, que hace competir explicaciones de un mismo problema. El dogma se desvanece y la objetividad, si es posible hablar cabalmente de ella, crece.

El presente de las ciencias sociales tiene, en comparación con épocas anteriores recientes, una ventaja: no depende de grandes paradigmas teóricos que, dicho de manera sencilla, eran “acoplados” a la realidad y no a la inversa.

Una práctica y uso malsanos de esos paradigmas —el marxista y el funcionalista— hallan que, *strictu sensu*, la realidad no fuera explicada sino más bien acomodada en alguna parte, cualquiera que fuera ésta, del paradigma en cuestión.

Reitero: el empleo de “micro” teorías, el análisis de objetos de estudio más acotados tienen un potencial mucho mayor para superar los niveles actuales de explicación.

La importancia de la ciencia —y con ella la de las ciencias sociales— está fuera de cuestión. Creo que habrá ciencias sociales —análisis de problemas, reflexiones de los mismos así como sus explicaciones correspondientes— en tanto que haya sociedad y todo lo que esto implica.

Más que importancia, yo hablaría de pertinencia: qué tanto las ciencias sociales contribuyen a entender nuestra cambiante realidad. Responder esta interrogante es, a la vez, saber el peso específico de las ciencias sociales en un momento determinado.

CLAUDIO STERN

E.S. Es ya un lugar común decir que el mundo ha cambiado. Pero al mismo tiempo, como lugar común, refleja una realidad. Un sistema político se ha derrumbado, mientras otro parece reinar triunfante y algún escritor imagina —creo que un tanto apresuradamente— el fin de la historia (que podría leerse como el fin de las ciencias sociales).

Los cambios políticos y las utopías han influido en la pérdida relativa de prestigio de una visión teórica que durante mucho tiempo tuvo innumerables adeptos en América Latina (y en otras partes, por supuesto); la metodología y las técnicas utilizadas hoy en día no son las de un

par de décadas atrás; y las dificultades prácticas para hacer investigación empírica no son pocas.

Al mismo tiempo, han surgido (o quizás sería más preciso decir que resurgieron) nuevos fenómenos sociales. Pienso en el nacionalismo, las luchas étnicas, la violencia social, la pobreza extrema, pero también en los problemas ecológicos, los urbanos, los de las minorías (ya sean negros, mujeres, homosexuales, jóvenes, viejos), de la transición económica pero también de la democratización. La lista podría ser, en la práctica, muy larga; detengámonos aquí.

¿Cuál es tu opinión?, ¿cuál será el futuro de las ciencias sociales?, ¿cuál la importancia que ellas pueden tener para el conocimiento de nuestra cambiante realidad?, ¿qué temas se mantienen?, ¿cuáles habría que incorporar?

C.S. Agradezco tu invitación para expresar mi opinión con respecto al futuro de las ciencias sociales y su posible importancia para el conocimiento de nuestra cambiante realidad, como colaboración para *Estudios Sociológicos* en la conmemoración del vigésimo aniversario de nuestro centro.

Comienzo por responder directamente a tu pregunta. Pienso que las ciencias sociales jugarán un papel muy importante para comprender los cambios que están ocurriendo en el mundo, que lo serán menos para vislumbrar los futuros posibles del mismo, y que probablemente jueguen un papel muy poco importante en las decisiones para construir los futuros más deseables. No obstante esto último, creo que vale la pena —además de ser inevitable— que los científicos sociales continuemos haciendo esfuerzos por vislumbrar estos futuros posibles y tratando de influir sobre las decisiones por construir los deseables.

Sin pretender entrar en el debate sobre el supuesto “fin de la historia”, mi opinión es que efectivamente estamos siendo testigos del fin de un tramo de la historia de la lucha ideológica que ha caracterizado buena parte del último siglo y medio, así como de un reacomodo de las ideologías a partir del derrumbamiento de los sistemas —y repito *los sistemas*, no sólo uno de ellos— que les dieron sustento.

El socialismo no ha muerto, ni como ideología ni como sustento fundamental de diversos sistemas sociales, y mucho menos como componente utópico —en el buen sentido de la palabra, como meta deseable— de muy diversas luchas ciudadanas y programas políticos. Lo que ha sufrido un revés de grandes proporciones es el socialismo de Estado, centralizado, impuesto desde arriba, antipluralista. Pero su inviabilidad no había pasado desapercibida para muchos observadores acuciosos del acontecer social, incluyendo no pocos científicos sociales. Veremos se-

guramente el resurgimiento tanto del debate sobre el socialismo como de sus manifestaciones políticas.

Lo que quizá fue menos previsto por unos y por otros —aun cuando de ninguna manera por todos— fueron algunas de las consecuencias del derrumbamiento de la Unión Soviética y, en particular, el resurgimiento de la preeminencia de las identidades culturales —étnicas, religiosas, regionales, nacionales, como eje definitorio de las luchas territoriales de las repúblicas socialistas de la Europa Oriental.

Pero ya muchos científicos sociales, entre ellos Rodolfo Stavenhagen, habían llamado la atención sobre la importancia de estos nuevos ejes de la lucha por la sobrevivencia y por la igualdad, no sólo en el bloque socialista sino también en el capitalista, tanto central como periférico. Las demandas de autonomía, de participación plena, de respeto a los derechos humanos y culturales, y de igualdad social, exigidas por todas estas diversas minorías, han pasado a ocupar el lugar central en las luchas políticas y sociales de las últimas décadas del siglo XX. Puede debatirse sobre el carácter de estos movimientos y sobre la interpretación de su significado en términos históricos —si se trata de un reforzamiento temporal y quizá conservador o anacrónico de los vínculos comunitarios primarios que constituyen el tejido fundamental de la vida social, frente al desamparo producido por el fracaso del estado-nación como proveedor no sólo de una fuente de identidad sino también de importantes elementos del bienestar material cotidiano; o si se trata, por el contrario, de la búsqueda de nuevas bases sociales para establecer un contrato social más sólido y efectivo que el vigente. Pero cualquiera sea la posición que se tome, ¿quiénes si no los científicos sociales pueden esclarecer estos procesos y su significado?

El capitalismo, por su parte, sufre algunos de sus reveses más importantes de los últimos tiempos, particularmente en su versión neoliberal. El exacerbamiento de las desigualdades sociales a todos los niveles —en las naciones capitalistas centrales, en las naciones capitalistas periféricas, y entre unas y otras— producido por dicho sistema en las últimas décadas, pone nuevamente en lugar prominente las críticas clásicas y más fundamentales a éste. Sin una intervención decidida del Estado, las fuerzas del mercado parecen efectivamente llevar a una polarización social. La globalización del mercado, por su parte, lleva dicha polarización al nivel internacional, exacerbando las diferencias en los niveles de bienestar de los países ricos y de los países pobres.

Ambos procesos: la multiplicación de los conflictos locales y regionales, por una parte, y la globalización de la competencia por los mercados, por otra, parecen resaltar la importancia de fortalecer los mecanismos de intervención supranacional, pero no mediante acuerdos

oligárquicos entre los representantes de las naciones más poderosas, sino mediante acuerdos multinacionales con la participación plena de todas las naciones.

Me parece que las ciencias sociales nunca han cejado en su afán por comprender los procesos que vivimos, por tratar de anticiparse a su trayectoria futura, y por influir de una u otra manera para que se den en un cierto sentido. Como anticipé al principio de mi respuesta, creo que han tenido —y seguirán teniendo— más éxito en lo primero que en los dos últimos. No obstante, me parece que su influencia en mantener vivos los ideales humanistas de la Ilustración no han sido deleznable y no lo serán tampoco en el futuro.

Mi respuesta es indicativa de algunos de los temas que seguramente se mantendrán vigentes: el desplazamiento de los ejes del conflicto social y político —la lucha por el poder y la lucha de clases— hacia una multiplicidad de conflictos de interés cada vez más heterogéneos. En consecuencia, el surgimiento de nuevos actores sociales y de nuevas alianzas y formas de lucha, no tanto en función de la obtención del poder a través de la militancia partidista, sino del aglutinamiento alrededor de una multiplicidad de banderas autónomas, de movimientos sociales que giran más alrededor del consumo, de los bienes culturales y de los procesos distributivos. En este sentido, el estudio de la estructuración de identidades colectivas seguramente continuará vigente, así como los temas de la democracia y la participación ciudadana en la toma de decisiones.

Una vez trascendida la utopía del científico social como agente del cambio revolucionario o como defensor de las instituciones mantenedoras del orden, me parece que habrá que fortalecer los esfuerzos incipientes por parte de las ciencias sociales para comprender mejor los procesos institucionales que impiden mejorar las condiciones de vida de las mayorías, en sus muy diversos aspectos: la salud, la educación, entre otros. Seguir dejando aquí el campo de acción a los políticos —revolucionarios o no— y a los tecnócratas y administradores, será equivalente a abandonar el barco al embate de las olas del neoliberalismo y del populismo.